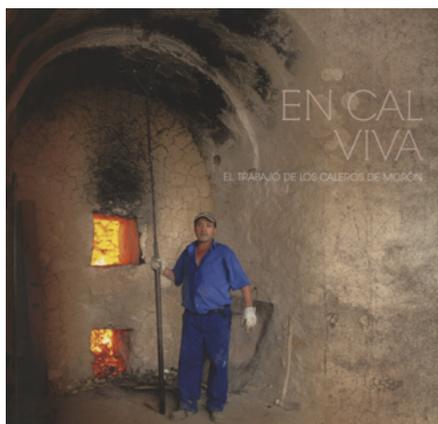


TIMÓN, M. P.; CARRERA, G.; GORDILLO, I.

En cal viva. El trabajo de los caleros de Morón

Sevilla: Asociación Cultural Hornos de la Cal de Morón [de la Frontera], 2015



Este libro se publica con apoyos institucionales, pero ha sido una iniciativa de la asociación cultural que promueve la investigación sobre los hornos de la cal artesanal (Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, según declaración de la UNESCO, 2011).

A los tres autores se suma Gilortiz, con unas fotos especiales que “hablan” la lengua de los caleros y perpetúan un oficio que ha convertido en blancos los pueblos de Andalucía, en contraste con las mieses de la Bética y el verde de los olivares. Convertir la piedra caliza en “cal viva” (óxido de cal, CaO) fue un trabajo realizado en toda la Península Ibérica. Con cal se amasaba la arena y se revocaban las paredes de las construcciones. El cemento debilitó el uso de la mezcla que los romanos habían utilizado con tanto éxito.

Lázaro de Velasco (h. 1554), que tradujo *Los diez libros de Arquitectura de Marco Vitrubio Polión* (1999), anotó en su manuscrito que los antiguos romanos preferían la “piedra cavada que no la cojida de encima de la tierra” y la “blanca mejor que parda [...] Después de quemada la cal con la fuerza del fuego, se ablanda y pónese porosa y hueca” (f. 31r.).

Como no hay índice, conviene destacar el texto de M.^a P. Timón. En la Introducción destaca la recuperación de los sistemas tradicionales de la cal, en decadencia e imprescindibles para rehabilitar edificios y conservar estilos constructivos. El volumen (en formato especial por sus dimensiones, imágenes y acabado editorial) va más allá de revalorizar una tradición artesanal. Busca difundir el significado cultural que tiene este oficio y las propiedades de la cal (p. 15).

Sigue el trabajo de Carrera Díaz sobre este “ejemplo de buena práctica de salvaguarda del Patrimonio Inmaterial de la Humanidad”: ¡Cal de Morón! Ser calero en Morón de la Frontera (pp. 16-25). Expone cómo otros materiales y el cemento arrumban este oficio “alquimista”. Los tres hornos activos son un resto de los veinticuatro que funcionaban hace cien años. Los yacimientos calizos y otros factores han conservado el paisaje cultural de “pedreros y caleros”. Isidoro Gordillo (“hijo, nieto y bisnieto” de caleros) figura como coautor, pues mantiene vivo un sistema de producción de cal artesanal. Aprendió a seleccionar la materia prima y el combustible, la técnica de la cochura, la vigilancia del proceso de combustión y la clasificación selectiva de *terrones de cal viva, cal apagada en polvo y cal en pasta* (p. 90). Sin manuales, sin estudios y sin haberlo aprendido en “el aula”, Gordillo, maestro calero cla-

sifica las *pedras saltonas*, con *veta*, las que producirán *tapizo*; selecciona las *armaderas*, las de *ahornar*, construye *bóvedas* y *calza* con *matacanes* las paredes. A la mañana siguiente sabrá si el *cocedor* durante la noche se quedó dormido y si alimentó con poca leña el horno, transformado en un animal vivo (*el bicho*). Espera quince días la *cochura* y el final del proceso. Un día *el bicho* ya no quiere más leña y por mucha “que tú le quieras meter, no aumenta más la temperatura. Él mismo la va manteniendo” (p. 21).

Concluye Carrea preocupada por la pervivencia del oficio: Pocos jóvenes sueñan con ser caleros. La pérdida de esta tradición no es económica: Conlleva la muerte de un sistema de valores, percepciones y cosmovisiones en un contexto social determinado. *Ser calero* es mucho más que “producir o vender cal y ganarse la vida” (p. 24).

El resto del libro combina los textos técnico-descriptivos con las fotografías (imprescindibles e interdependientes de las descripciones) sobre *el horno*, *la hornada*, *la cochura*, *la compostura*; *la cal [viva]* y *los últimos caleros: la familia Gordillo*. En conjunto, tenemos aquí impresa la culminación de unos esfuerzos institucionales por promover (con un museo de la cal, visitas, talleres y publicaciones) los conocimientos artesanales que conservan los maestros caleros, implementados por su propia experiencia. Aunque resulte difícil destacar alguna, impresiona la fotografía de la página 87, pues es el mismo pueblo que canta *Cuando Dios pintó Morón, / cuánta cal no le pondría, / que con la cal que le sobró / pintó toda Andalucía*.

Manuel Galeote | Dpto. de Filología Española, Románica, Italiana, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Universidad de Málaga

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3646>